

## Viajes al interior de mí mismo

*Cuando el virus se torna salvaje, el viaje hacia el interior de mí mismo trasunta la delicadeza de la tranquilidad tatuada. Los lazos entre el sol y la luna entraman direcciones no necesariamente amplificadas en el cielo. El sol en la izquierda y la luna en la derecha amplifican universos sublimes. El mar se regocija desde la ventana donde casi se espanta el corazón. Sigo viajando hacia el interior de mí mismo, como ese niño curioso y sensible que aprende cotidianamente que necesidad y deseo son deudas y recorridos que despliegan trampolines, si nos permitimos descolonizar el inconsciente.*

*Son las paradojas del deseo frente a las trampas sensibles de la vida las que nos llaman a trans-mutar y transitar escondrijos que, como capas trasuntan la memoria y nos permiten vivir la ciclicidad de la vida: nacer y morir como brújula que orienta y proyecta mundos vividos y mundos posibles. He aprendido que el saber-sentir-de-lo-vivo me pide paso y me trans-figura en polinizaciones (Rolnik, 2019: 81) que proliferan políticas de deseo activas. Imagino otras vidas desanestesiadas porque me animé a saltar al otro lado del muro seguro y vivir nuevas vidas sinestésicas, más frágiles e in-mediatas. Clarice Lispector en *El Viaje* respira esta potencia: “Imposible explicarlo. Se iba apartando de aquella zona donde las cosas tienen forma fija y aristas, donde todo tiene un nombre sólido e inmutable. Cada vez ahondaba más en la región líquida, quieta e insondable, donde flotaban nieblas vagas y frescas como las de la madrugada” (Lispector, 2015: 181).*

Luis Porta